

Lamentable baja en el colectivo de «Pintores del Festival»

ASENSIO SAEZ

COMO si la película de su existencia en la tierra hubiese equivocado su «the end», Pedro Ginés Celdrán, perteneciente al colectivo de pintores que durante tantos años ha hecho posible la escenografía del Festival, nos dice adiós.

Quedan así en el aire, ante el triste acontecimiento, montones de preguntas sin contestación, palabras sin posible eco, patética nostalgias que nos remiten a aquellas jornadas irrepetibles, agostos incandescentes en los que una desbordada fantasía ordenaba los monumentales montajes de los Jardines Mery, en espera de que el Festival fuese acogido bajo la pirotecnia arquitectónica, piñata de hierro

y cristal, deslumbradora, del viejo Mercado Público.

Ha hecho falta una importante dosis de razonamientos, de clarificadoras verdades, para convencernos de que Pedro Ginés Celdrán ya no está entre nosotros; para que entendiéramos que, desde ahora, no podremos pronunciar su nombre sin alcanzar el tono de la elegía, para hacernos caer en la cuenta, en fin, de que su hombría de bien, sus privilegiadas facultades para la pintura, la música, el teatro y la enseñanza se quedan cercenadas, sin un triste futuro que llevarse a la boca.

Cuando el cante vuelve a apuntar, como un vino nuevo, en las gargantas, se escriben estas líneas. Van en ellas el

emocionado homenaje de la Comisión del Festival a la memoria del pintor ausente, también el recuerdo de sus amigos y compañeros, los que, durante tantos años, codo con codo, hemos trabajado a la mayor gloria del certamen.

Hace unas semanas, con motivo de la muerte de Santiago Amón, viajero en un helicóptero siniestro, Alfonso Ussía, su buen amigo, escribía: «Mientras yo viva, nadie va a enterrar a Santiago Amón». De igual modo, con el mismo dolor arañando las paredes del corazón, los amigos y compañeros del pintor unionense, podemos asegurar que, mientras nosotros vivamos, a Pedro Ginés Celdrán tampoco lo va a enterrar nadie.